

una amplia libertad religiosa, como la hay en este país. Esta innovación que podemos y debemos importar de vuestro país, sería de beneficios para todos, incluso para el propio catolicismo. Si cada ciudadano contribuye con sus donaciones voluntarias a sostener la iglesia de su predilección, habrá en la América Latina una lucha saludable en las actividades de los diversos credos religiosos, que en rigor son los cursos de moral de la nación.

Que hay campo fructífero para importar a la América Española este valor moral que poseéis vosotros, está demostrado con el hecho de que ya algunos de nuestros países han separado la Iglesia del Estado y que las congregaciones protestantes fructifican en nuestros suelos al lado de la iglesia nacional. A este respecto vosotros estáis ejerciendo la influencia más saludable.

El quinto valor que he notado en mi lista de exportaciones de carácter moral que puede hacer este país a la América Española, es el «amor a la salud del cuerpo y del alma».

Raro parecerá también a muchos el que yo insinúe con lo anterior la aseveración de que no hay en la América Española amor por la salud del cuerpo y del alma.

En este capítulo incluyo dos grandes movimientos nacionales que son característicos de este país y ajenos a nuestros pueblos: la derrota del alcohol y de la esclavitud blanca. Hay muchos otros aspectos de vuestra vida que también encuadran aquí: vuestro amor al *sport*, a la vida al aire libre, vuestra organización profiláctica nacional. Pero no voy a ocuparme de eso, sino de los dos grandes movimientos nacionales que son característicamente vuestros y que están reñidos, aparentemente, con nuestra idiosincrasia.

Mientras batallabais aquí por la supresión de la taberna, por abolir el consumo del alcohol, la América Española reía, creyendo que éste era un movimiento de un grupo de fanáticos, a los cuales jamás les haría caso el país. Pero cuando habéis modificado la constitución de la República y habéis hecho obligatoria para todos los habitantes la abstención acóhólica, la sorpresa del otro continente se convierte en perplejidad.

En mi tierra, especialmente, país productor de vinos exquisitos, esto parece un absurdo. Mi país es gobernado por agricultores que se han especializado en la manufactura de espléndidos vinos, que han sido y siguen siendo el deleite de nuestras mesas. Una comida sin vino es para nosotros lo mismo que un huevo sin sal, o un pájaro sin alas. Nuestra filosofía a este respecto no es única en el mundo;

es también la filosofía francesa, donde los internos de los colegios y los enfermos de los hospitales tienen su cotidiano vaso de vino.

La tendencia a defender vuestro cuerpo del veneno del alcohol es tan vieja como vuestro país. Nosotros hemos quedado sorprendidos del resultado último: la prohibición nacional, que no es todavía final, en rigor, porque la ley no cambia los hábitos de repente.

¿Hay conveniencia en que la América Española aprenda esta lección de vosotros? ¿Hay probabilidades de que la aprenda? ¿No es el alcoholismo un mal inevitable?

Veamos el caso de Chile que es el país de la América que produce y consume los mejores vinos. Nosotros consumimos quince litros de alcohol puro por cabeza al año, muy poco menos que Francia. Creo inútil decir desde luego que no nos sentimos avergonzados de este hecho. Yo mismo, como chileno consciente, no me siento avergonzado. Yo sé que los pueblos más fuertes del mundo han sido bebedores; lo eran, y lo son en gran parte, el pueblo inglés, el pueblo belga, el pueblo alemán. No creo yo que sean fuertes porque beben; creo que beben porque son fuertes. Pero cuando sus ansias sean encauzadas en otros sentidos serán más fuertes. Esto ocurre con vosotros, que sois los más fuertes ya y lo seréis cada vez más.

De manera que la afición del pueblo de mi patria a la bebida no la considero un estigma para mi país. Lo importante es saber si el pueblo puede libertarse del alcohol y encauzar sus ansias en otros sentidos. Es decir, lo importante es saber—no ya, si es necesario, pues sabemos que es necesario,—exportar esta virtud a la otra América, sino averiguar si hay allí terreno propicio para que fructifique.

El William Jennings Bryan de Chile, doctor Carlos Fernández Peña, es un hombre que ha bebido toda su inspiración en vuestro país. Recapitulemos, de paso, esto: el director de nuestro sistema de educación primaria, bajo cuya administración se ha dictado la ley de instrucción obligatoria, hizo sus estudios de psicología y educación en vuestro país; el director de nuestra Biblioteca Nacional, que ha introducido allá vuestros métodos agresivos, hizo sus estudios superiores en vuestro país; la mujer cuya voz tiene hoy mayor valor en el mundo femenino de mi patria, estudió en esta Universidad, en cuyo hogar ahora estamos; el jefe del movimiento anti-alcohólico de mi tierra conoce la historia de vuestro país, sus instituciones, su vida, como vuestros hombres más representativos. Este hombre, una de las más grandes figuras de ambos con-

tinentes, ha sido objeto allá de burlas y de sátiras de toda índole. Pero su doctrina ha cundido. Ya hay un grupo numeroso de hombres representativos que creen en las ventajas de implantar la prohibición absoluta en el país. Los obreros de la pampa del salitre han pedido, en solicitudes colectivas elevadas al gobierno nacional, que se prohíba la venta de toda clase de licores en la pampa. Los obreros de la región carbonífera, en el centro del país, han pedido lo mismo recientemente, y los obreros del lejano sur, Magallanes, han tomado un acuerdo por medio del cual se comprometen a no prestar sus brazos para desembarcar bebidas alcohólicas en Punta Arenas.

Hay regiones de Chile, establecimientos cupríferos con miles de familias de obreros, donde se prohíbe en absoluto el consumo de bebidas alcohólicas. Cuando yo llegué a El Teniente, planta de cobre en Rancagua, población de quince mil habitantes, al presentarme en el teatro para dar una conferencia, mi secretario me dijo, muy apesarado, momentos antes de que yo principiase, que no había podido conseguir una gota de cognac, ni whiskey, ni nada que contuviera alcohol para poner en el agua que yo bebía durante mi disertación de dos horas. Me lo dijo él, como el sacristán que ayuda a la misa le habría dicho al sacerdote que no había vino que poner en las vinajeras. Yo también creí que eso era calamidad. Pero esa vez descubrí que podía hablar mucho mejor bebiendo agua pura.

¿Estaban satisfechos y contentos esos obreros a quienes no se les permitía beber? Sí. Contentos, sanos, prósperos. Es uno de los centros más intelectuales del país. La planta está manejada por compatriotas vuestros.

En cambio, estuve en otro centro obrero, en la región del carbón, manejado por administradores europeos, que pagaban una parte del salario en vino, siendo un litro de vino una unidad monetaria. El día que estuve allí solicité del gerente me permitiera ir a visitar detenidamente la casa de algún obrero, y un guardián, después de hacer una investigación de dos horas, llegó con la noticia de que todos los obreros, los miles de obreros, estaban ebrios aquel día, que era nuestro aniversario patrio.

El mal existe, como lo veis; pero la capacidad para detenerlo también existe. En rigor, es vuestra actitud aquí y vuestra actitud allá lo que está haciendo posible el cambio en mi país.

Lo anterior, como en todos los demás casos, no quiere decir que no tengamos que aprender de vosotros. Quiere sólo decir que estamos preparados para aprender, que el terreno